



El Grito
de Guerra

Contra todo mal

Octubre 2025

EL PODER DEL PERDÓN

El Grito de Guerra

Año 98 - Nº1567

Órgano Oficial del Ejército de Salvación

Fundadores

William y Catherine Booth

General

Lyndon Buckingham

Líderes Territoriales

Coroneles Luz y Alex Nesterenko

Secretario en Jefe

Tte. Coronel Pedro Sánchez

Territorio Oeste de Sudamérica

Chile, Perú, Bolivia y Ecuador.

Correo electrónico

saw.jefatura@saw.salvationarmy.org

Sitio Web

www.salvacionistas.org



El Ejército de Salvación, un movimiento internacional, es una parte evangélica de la Iglesia Cristiana universal.

Su mensaje está basado en la Biblia. Su ministerio está motivado por su amor a Dios. Su misión es predicar el Evangelio del Señor Jesucristo y suplir las necesidades humanas en Su nombre, sin ningún tipo de discriminación.

EN ESTA EDICIÓN

5 DE OCTUBRE, DÍA DE LA NIÑA	Pág. 4
¿CÓMO PERDONAR A ALGUIEN QUE NOS HA LASTIMADO PROFUNDAMENTE?	Pág. 5
¿POR QUÉ PERDONAR ES TAN DIFÍCIL?	Pág. 7
¿PUEDE DIOS PERDONAR CUALQUIER PECADO?	Pág. 10
PERDÓN QUE LIBERA, GRACIA QUE ENVÍA	Pág. 12
UN GESTO SENCILLO, UN IMPACTO ETERNO	Pág. 15

Participa con nosotros enviando tus peticiones de oración, sugerencias o comentarios al correo:

saw.jefatura@saw.salvationarmy.org



El poder del perdón

Perdonar. Una palabra sencilla de pronunciar, pero tremendamente compleja de vivir. A lo largo de la historia, la humanidad ha buscado justicia, reparación y equilibrio ante las heridas sufridas. Sin embargo, pocas veces se habla de esa fuerza transformadora que se libera cuando alguien decide perdonar. No se trata de un acto débil ni de ingenuidad; al contrario, el perdón es una de las decisiones más valientes que un ser humano puede tomar.

El perdón tiene un poder oculto que no siempre reconocemos: nos libera. Cuando guardamos resentimiento, el corazón se convierte en una prisión donde el dolor dicta nuestras reacciones, nuestras emociones e incluso nuestra visión del futuro. Perdonar no significa aprobar lo que ocurrió ni minimizar la herida, pero sí soltar la cadena que nos mantiene atados a un pasado que ya no puede cambiar.

Vivimos en una sociedad que a menudo confunde justicia con venganza y que promueve la idea de que cada ofensa debe pagarse con la misma moneda. Pero esa espiral no construye nada, solo multiplica el dolor. El perdón rompe ese ciclo y abre la posibilidad de un futuro distinto. Y aunque muchas veces pensamos que el perdón beneficia al otro, en realidad el primer beneficiado es quien decide perdonar.

El perdón no es fácil, lo sabemos. Implica confrontar heridas profundas, aceptar que no podemos controlar todo y dar un paso que parece irracional: soltar.

Pero lo paradójico es que, cuando lo hacemos, descubrimos que el perdón no nos empobrece, sino que nos enriquece. Nos devuelve paz, nos devuelve humanidad, nos devuelve libertad.

Quizás hoy llevas en tu interior una herida que todavía sangra. Quizás alguien te falló, te traicionó o te dañó de una forma que aún pesa en tu memoria. La pregunta es: ¿quieres seguir cargando ese peso, o te atreverás a dar el primer paso hacia tu propia libertad?

En esta edición de El Grito de Guerra queremos invitarte a mirar el perdón no como una obligación pesada, sino como una oportunidad de vida. No podemos cambiar el pasado, pero sí podemos decidir cómo caminar hacia adelante. El perdón es esa llave que abre la puerta de la esperanza.

La decisión está en tus manos: ¿seguirás atado al rencor, o permitirás que el poder del perdón transforme tu vida?

Equipo Editor



LA GUERRERA

SU VOZ, SU VICTORIA EFESIOS 6:10-18

DOMINGO, OCTUBRE 5 DE 2025

DÍA INTERNACIONAL DE LA NIÑA

HAGA CLIC AQUI PARA VER LOS RECURSOS



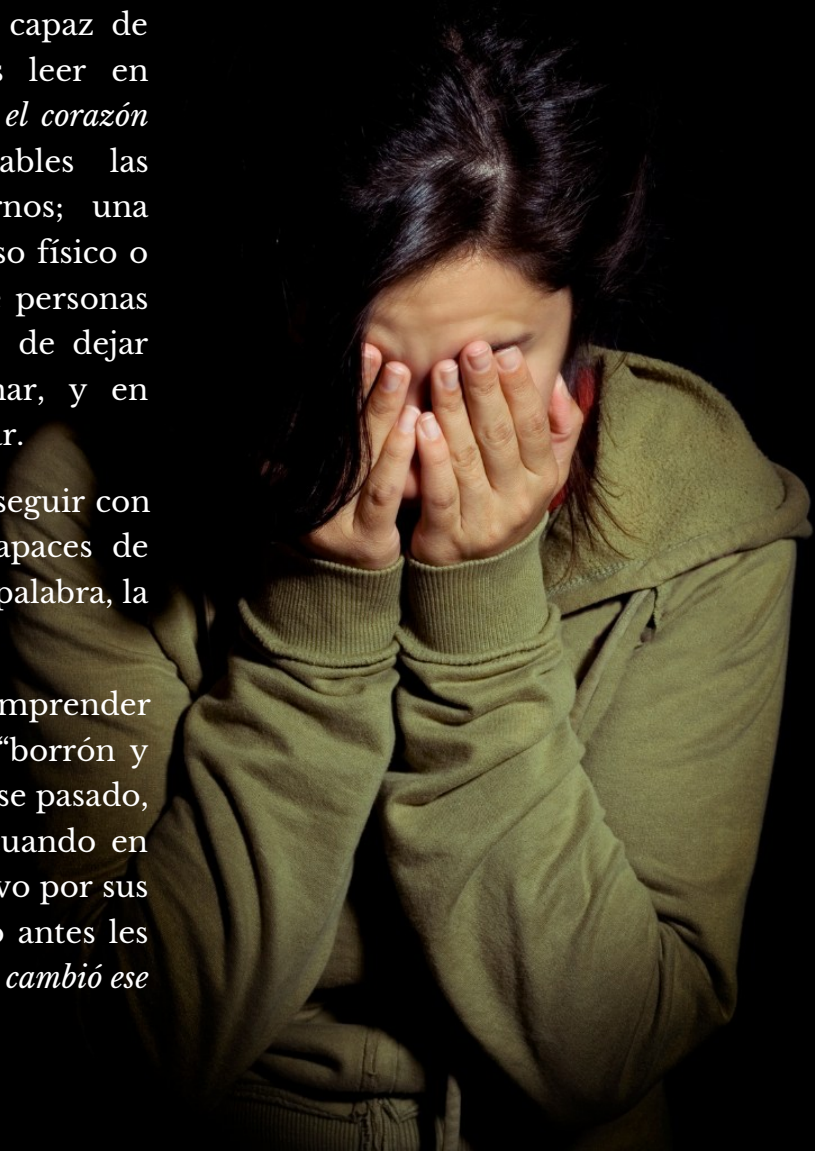
¿CÓMO PERDONAR A ALGUIEN QUE NOS HA LASTIMADO PROFUNDAMENTE?

Algunos dicen que hay heridas que ni el tiempo es capaz de sanar. Hay traiciones que rompen vínculos, amistades e incluso familias, las palabras pueden ser más punzantes que cuchillos y algunos silencios duelen más que gritos. Todos, en algún momento, hemos sentido el peso de una ofensa que parece imperdonable. ¿Cómo perdonar cuando las heridas aún duelen? ¿Cómo soltar y dejar atrás aquello que nos marcó tan profundamente?

Por más que intentemos disimularlo o decir lo contrario, el corazón del ser humano es sensible, y cualquier dolor que guardamos en él es capaz de apagar nuestro ánimo, así lo podemos leer en Proverbios 12:25a (LBLA) *“La ansiedad en el corazón del hombre lo deprime”*. Son innumerables las ocasiones en que otros pueden dañarnos; una mentira, una traición, el abandono, el abuso físico o psicológico. Cuando estas faltas vienen de personas que queremos o apreciamos son capaces de dejar heridas muy profundas difíciles de sanar, y en muchos casos, aún más difíciles de perdonar.

¿Debemos normalizar el ser capaces de seguir con nuestras vidas ignorando el dolor e incapaces de perdonar? - A la luz del amor de Dios y su palabra, la respuesta es clara – No.

Quizás nuestro primer error es no comprender que es el perdón; este no se trata de un “borrón y cuenta nueva” y actuar como si nada hubiese pasado, esto lo podemos ver en la vida de José cuando en Egipto, después de ser vendido como esclavo por sus hermanos, fue capaz de perdonarlos. Pero antes les dijo: *“Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios cambió ese*



mal en bien” (Génesis 50:20a DHH) José no actuó como si nada hubiese ocurrido, no ignoró su dolor, más bien puso su mirada en la providencia de Dios, y con ello nació en él un perdón sincero, lleno de amor y fe en Dios.

Querido lector, ponga sus ojos en el porvenir, por sobre su dolor, confiando que el Señor tiene un propósito para usted.

Otro error común que solemos cometer es creer que el perdón siempre incluye una reconciliación, un volver a creer o un olvido absoluto de la ofensa; En Efesios 4:32 (NVI) la palabra nos llama: *“Más bien, sean bondadosos y compasivos unos con otros y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo”*. Esta es la primera verdad sobre el perdón; no perdonamos porque el otro lo merece, sino porque nosotros hemos sido perdonados, sin merecerlo. El perdón no justifica el mal, no borra la memoria, no exige reconciliación inmediata. Pero sí abre la puerta: la de la libertad real frente al yugo del dolor.

Perdonar no es simplemente olvidar; es recordar sin que el recuerdo nos duela. No es negar el dolor, sino permitir que Dios lo transforme y lo utilice para nuestro crecimiento. No es volver a confiar de inmediato, sino dejar de alimentar el rencor y aligerar nuestra carga. El perdón es un acto de obediencia, un acto de amor que refleja a Cristo y una entrega que nos sana más a nosotros que al ofensor.

Jesús, en Mateo 6:14-15, nos confronta: *“Porque si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial. Pero si no perdonan a otros sus ofensas, tampoco su Padre perdonará a ustedes las suyas”*. (NVI) No se trata de una amenaza o una simple advertencia, sino que revela una profunda enseñanza: **El corazón que se cierra al perdón también se cierra a la gracia.**

*¿Debemos
normalizar el ser
capaces de seguir
con nuestras vidas
ignorando el dolor
e incapaces de
perdonar?*

Perdonar a quien nos ha herido profundamente es uno de los actos más difíciles y a la vez más divinos que podemos experimentar. Elegir caminar por el camino del perdón en vez del rencor o la venganza trae consigo paz; *“Al sabio la inteligencia lo hace ser paciente; es admirable ver cómo perdona a los que le han hecho daño.”* (Proverbios 19:11, PDT).

Querido lector, más allá de todas las palabras que uno pueda escribir, más allá de los consejos que podamos dar; nuestro máximo referente siempre será Jesús. Que sea nuestra oración ser capaces de decir, como Él en la cruz, mediante el poder del Espíritu Santo: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”* y con ello, disfrutar de la libertad que trae consigo el perdonar.

Dios te bendiga.



Patricio Ignacio Riesco Gallegos
Cadete Sesión “Proclamadores de la Transformación”
O.D. Cuerpo Angol, Chile.

¿POR QUÉ PERDONAR ES TAN DIFÍCIL?



Melissa Valentin Carpio
Extensión Cuenca, Ecuador.

Perdonar parece una palabra sencilla, pero esconde uno de los procesos más complejos de la vida humana. Todos hemos experimentado ofensas que nos dejan heridas profundas: una amistad que se rompió por una traición, un familiar que dijo palabras hirientes o alguien cercano que no cumplió una promesa importante. Estos momentos cotidianos nos recuerdan lo frágiles que somos y lo mucho que duele cuando la confianza se rompe. La pregunta es inevitable: ¿por qué perdonar es tan difícil?

Frente al llamado a perdonar, nuestra reacción natural suele ser resistirnos: ¿por qué debería hacerlo, si lo que me hicieron fue tan injusto? Aquí comienza el verdadero desafío: reconocer que el perdón no es un acto de debilidad ni una

excusa para el mal, sino un camino hacia la libertad en Cristo y la sanidad interior.

Una de las razones por las que perdonar resulta tan difícil es porque el dolor es real. No se trata de un sentimiento inventado ni exagerado; es una herida que, en muchos casos, marca nuestra historia personal. A ese dolor se suma el deseo de justicia, el anhelo de que el culpable reconozca el daño o “pague” por lo que hizo. También está el orgullo, esa voz interna que dice: si perdono, parecerá que estoy perdiendo. Y, por último, aparece el miedo a nuevas heridas: ¿qué pasará si vuelvo a confiar y me lastiman otra vez? Todas estas barreras son comprensibles, pero también son cadenas que nos atan y no permiten que avancemos hacia la verdadera libertad.

Es importante entender que perdonar no es olvidar ni justificar lo sucedido. Tampoco significa reconciliarse de manera obligatoria o restablecer la cercanía con quien nos hirió. El perdón libera el corazón del rencor, pero no obliga a retomar vínculos que podrían seguir siendo dañinos. Muchas veces pensamos que perdonar es “darle la razón” al otro o minimizar lo que pasó. Pero no es así. El perdón no excusa el mal, simplemente nos libera de quedar atrapados en él. La Biblia nos recuerda: *“No tomen venganza, queridos hermanos, sino dejen el castigo en las manos de Dios, porque está escrito: Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor”* (Romanos 12:19).

Practicar el perdón tiene efectos visibles en nuestra vida. Estudios psicológicos demuestran que reduce el resentimiento, disminuye el estrés, mejora la salud mental e incluso fortalece el bienestar físico. En lo espiritual, al perdonar abrimos espacio para que el amor de Dios sane las heridas

más profundas y restaure lo que parecía perdido. No es solo un regalo para quien lo recibe, sino sobre todo para quien lo otorga. Encontramos la verdadera paz, soltamos el peso de la ira y dejamos de vivir esclavizados por el pasado.

Ahora bien, el perdón no sucede de inmediato, sino que es un proceso gradual que podemos recorrer con pasos concretos. La primera clave es la empatía: aprender a ver al otro como un ser humano frágil que, al igual que nosotros, puede fallar. Esto no significa justificar su acción, sino reconocer que nadie es perfecto y que todos somos necesitados de gracia. Una segunda clave es la oración, porque solo en la presencia de Dios podemos encontrar la fuerza para soltar aquello que en lo natural parece imposible. Orar por la persona que nos ha herido, aunque al inicio cueste, abre nuestro corazón a la obra sanadora del Espíritu Santo. El tercer paso es el agradecimiento:



cuando entrenamos nuestra mente para reconocer las bendiciones que sí tenemos, el dolor deja de ser el centro de nuestra vida y podemos tomar distancia de la ofensa. Finalmente, una cuarta clave es la decisión consciente: perdonar no es un sentimiento que llega de repente, sino una elección diaria que reafirmamos hasta que poco a poco nuestro corazón se alinea con lo que hemos decidido.

Hay momentos en los que el peso del resentimiento es tan fuerte que

*El perdón nos convierte
en personas más libres
y nos abre a nuevas
oportunidades de
relacionarnos con los
demás desde un
corazón sano.*

fortalece nuestra resiliencia y experimentamos una paz interior que trasciende las circunstancias. El perdón nos convierte en personas más libres y nos abre a nuevas oportunidades de relacionarnos con los demás desde un corazón sano.

Tal vez hoy llevas una carga en tu corazón por alguien a quien no has podido perdonar. Pregúntate: ¿qué peso sigo cargando por aferrarme al rencor? ¿Cómo sería mi vida si decidiera soltarlo? Perdonar no es fácil, pero sí es posible. Y cuando lo hacemos, las cadenas que nos ataban se rompen y el enemigo pierde toda oportunidad de usar esa herida en nuestra contra. Más aún, descubrimos que la verdadera libertad no está en la venganza, sino en dejar que Cristo sane nuestro interior. Hoy es un buen día para empezar. Da el primer paso, entrégale a Dios ese dolor y permite que su amor transforme tu herida en una oportunidad de vida nueva.

necesitamos ayuda. En esos casos, hablar con un consejero, un pastor o un terapeuta puede ser de gran bendición. Abrir el corazón en un espacio seguro nos permite procesar el dolor y recibir herramientas para avanzar hacia la sanidad interior. Nadie está llamado a enfrentar esta batalla solo, y buscar apoyo también es una forma de humildad y sabiduría.

Cuando aceptamos el reto de perdonar, algo profundo ocurre en nuestro interior. Crece nuestra inteligencia emocional, se

¿PUEDE DIOS PERDONAR CUALQUIER PECADO?



Juan José Ayala
Capitán
O. D. Villa Fátima, Bolivia.

El tema del perdón, es un tema central en la vida de todo ser humano. Todos en algún momento hemos cargado con la culpa de nuestros pecados, con la duda de si lo que hicimos puede ser borrado o si Dios realmente está dispuesto a perdonarnos. Frente a esa inquietud surge la gran pregunta ¿Puede Dios perdonar cualquier pecado?

La Biblia responde con un sí. El apóstol Juan lo expresa con claridad: *“Si confesamos nuestros pecados él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”* (1 Juan 1:9). No dice “de algunos pecados”, ni “de los más pequeños” sino de toda maldad. Aquí se revela el corazón de Dios, un Padre lleno de misericordia, dispuesto a perdonar completamente.

Cuando pensamos en nuestros pecados, solemos clasificarlos como “pequeños” y otros “demasiado grandes” para ser perdonados. Sin embargo, la gracia de Dios no se mide en la misma balanza que la nuestra. Él declara: *“Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”* (Isaías 1:18). Entonces no existe pecado que la sangre de Cristo no pueda limpiar. Jesús mismo cargó sobre sí nuestras culpas para que el perdón sea una realidad al alcance de todos. La cruz es la mayor evidencia de que no hay un límite en el amor de Dios para salvar al ser humano.

Ahora bien, el perdón de Dios no ocurre de manera automática. No se trata de un simple “borrón y cuenta nueva” sin compromiso. La Escritura enseña que el perdón está disponible para todos, pero se recibe mediante el arrepentimiento y la fe en Cristo Jesús.

La Doctrina número 6 del Ejército de Salvación también nos recuerda los requisitos para obtener el perdón y por ende la salvación: “Creemos que el arrepentimiento para con Dios, la fe en nuestro Señor Jesucristo y la regeneración por el Espíritu Santo son necesarios para la salvación”.

El arrepentimiento implica reconocer que hemos pecado y decidir volvernos a Dios con un corazón humilde. No se trata solo de sentir remordimiento, sino de un verdadero cambio de dirección en nuestra vida. La fe por su parte es confiar plenamente en que Jesús ya pagó en la cruz por nuestros pecados y que le aceptamos en nuestro corazón como nuestro Salvador.

Cuando el arrepentimiento y la fe se unen, la gracia de Dios se derrama abundantemente, trayendo paz y libertad a quienes creen.

Una pregunta común surge aquí: si Dios perdona todo, ¿qué significa entonces cuando Jesús habla del “pecado imperdonable”? En Mateo 12:31-32 leemos: *“Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; más la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada”*.

Este pasaje no contradice la amplitud del perdón divino. Lo que Jesús señala es que el único pecado que no puede ser perdonado es el rechazo definitivo y consciente a la obra del Espíritu Santo.

Mientras una persona esté dispuesta a arrepentirse y buscar a Cristo, siempre

encontrará brazos abiertos y misericordia sin medida. El verdadero límite no está en Dios, sino en la decisión humana de no querer recibir su perdón.

Aceptar el perdón de Dios no es solo un alivio emocional. Es un nuevo comienzo. El profeta Miqueas proclama: *“Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados”* (Miqueas 7:19).

*La Escritura
enseña que
el perdón está
disponible para
todos, pero se
recibe mediante
el arrepentimiento
y la fe en
Cristo Jesús.*

Cuando entendemos esto, dejamos de vivir bajo el peso de la culpa y comenzamos a caminar en la libertad que Cristo ofrece. El perdón nos transforma, restaura nuestra relación con Dios y nos impulsa a perdonar también a quienes nos rodean.

Entonces, ¿puede Dios perdonar cualquier pecado? La respuesta es un sí absoluto. No hay cadena tan pesada ni mancha tan oscura que la sangre de Cristo no pueda limpiar.

Hoy la invitación es clara: no cargues más con tus pecados, ni con el temor de no ser perdonado. Acércate a Dios, arrepiéntete y pídele perdón por tus pecados, cree en la obra redentora de Jesucristo, acéptale como tu Salvador Personal y deja que el Espíritu Santo regenere tu vida para vivir para Dios.

PERDÓN QUE LIBERA, GRACIA QUE ENVÍA

¿Qué dice Jesús sobre el perdón?

Hablar de perdón es desafiante. Vivimos en una sociedad donde lo común es guardar rencor, devolver el golpe y mantener distancias con quienes nos han herido. Para muchos, perdonar parece una señal de debilidad. Sin embargo, Jesús nos mostró que el perdón no es un lujo para algunos ni una opción reservada para los “espirituales”: es el camino de vida que Él mismo trazó.

Un perdón sin límites

Cuando Pedro le preguntó a Jesús: “¿Cuántas veces debo perdonar a mi hermano? ¿Hasta siete veces?” (Mateo 18:21), la respuesta sorprendió: “No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete” (v. 22). Con estas palabras, Jesús enseñó que el perdón no tiene un contador. No es una lista que se llena hasta que ya “se acabó la paciencia”. Al contrario, es una disposición continua, un reflejo del amor de Dios que nunca se agota.

Este mensaje rompe la lógica humana. Mientras el mundo nos dice: “perdono, pero no olvido”, “una vez más y se acabó”. Jesús nos invita a tener un corazón que no se cansa de perdonar.



Aldo Benel
Soldado
Cuerpo San Martín, Perú.

El perdón y nuestra relación con Dios

Jesús fue aún más profundo al enseñar que nuestra vida espiritual está ligada al perdón. En el Padre Nuestro oramos: *“Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”* (Mateo 6:12). Más adelante lo aclaró: *“Porque si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial; pero si no perdonan, tampoco su Padre les perdonará”* (Mateo 6:14–15).

Esto nos confronta: ¿cómo pedir misericordia a Dios mientras cerramos nuestro corazón a los demás? Jesús nos muestra que el perdón no es un asunto secundario, sino una señal visible de que hemos experimentado la gracia divina. Quien ha sido perdonado por Dios es llamado a perdonar a otros.

El perdón en la cruz

La enseñanza de Jesús alcanzó su máxima expresión en el Calvario. Mientras era crucificado injustamente, oró: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”* (Lucas 23:34). En el momento

de mayor dolor y humillación, no clamó venganza, sino perdón. Allí entendemos que el perdón no es solo un discurso, sino una decisión de amor que libera tanto al que lo da como al que lo recibe.

Ese clamor desde la cruz nos sigue desafiando. Nos recuerda que, aun cuando la ofensa parece imperdonable, el amor de Dios nos capacita para dar un paso más allá de lo humano y extender el perdón divino.

Cuando somos nosotros quienes damos el paso

Aquí surge una situación que puede parecer extraña: ¿qué pasa cuando somos los ofendidos, cuando alguien nos trata mal, pero aun así sentimos en el corazón la necesidad de acercarnos y pedir perdón? A primera vista puede parecer contradictorio, incluso injusto. Pero no se trata de victimizarnos ni de buscar culpables, sino de elegir un camino de libertad. Puede que la ofensa haya venido del otro lado, pero también nosotros hayamos reaccionado con palabras duras, silencios cargados o



actitudes que no edifican. Mantenernos así solo nos ata. Cuando buscamos a Dios y pedimos más de su gracia, Él nos da la fuerza para dar ese paso: acercarnos y pedir perdón. Ese acto humilde nos libera del rencor y refleja la gracia de Cristo en nuestra vida.

Nuestra Doctrina 9 del Ejército de Salvación nos dice que “El continuar en estado de salvación depende del ejercicio constante de la fe y obediencia a Cristo”. El perdón, entonces, no es un signo de debilidad, sino una evidencia del amor de Dios que vive en nosotros y nos capacita para amar más allá de la lógica humana, siendo obedientes a Cristo.

Perdonar para vivir en libertad

Guardar resentimiento es una mochila pesada: nos cansa, nos amarga y nos roba la paz. Jesús nos invita a dejar esa carga a sus pies. El perdón no cambia el pasado, pero transforma nuestro presente y abre la puerta a un futuro en libertad.

Cuando decidimos perdonar, dejamos de ser prisioneros del dolor y permitimos que la gracia de Dios sane nuestras heridas.

Un desafío actual

Hoy, en un mundo marcado por divisiones, violencia y relaciones rotas, el mensaje de Jesús sigue siendo urgente: perdonar no solo a los amigos, sino incluso a los enemigos. Su enseñanza confronta la lógica de la venganza y nos invita a vivir en una libertad que el resentimiento jamás podrá dar.

La pregunta final es personal: **¿cómo puedo aplicar hoy las palabras de Jesús en mis relaciones?** Quizás haya alguien a quien necesites liberar con tu perdón, o tal vez seas tú quien deba dar el primer paso, incluso si no fuiste el iniciador de la ofensa.

El perdonar nos libera y abre camino a la paz de Cristo. En ese acto humilde, y con el perdón que Cristo nos da, descubrimos el gozo de ser enviados para alcanzar a otros con Su gracia.

*Mientras el mundo
nos dice: perdono,
pero no olvido,
Jesús nos invita a
tener un corazón
que no se cansa
de perdonar.*

Permitamos que Su luz, Su paz y Su amor se manifiesten en nosotros para impactar al mundo, como dice el **Coro Aleluya 126**, “**¡Brilla en mí!**”. Y recordemos lo que Dios nos dice en Su Palabra: “*Y sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo*” (Efesios 4:32).

Oración final

Es mi oración que, al elegir perdonar y aun pedir perdón, seamos testimonio vivo de la gracia de Cristo. Que su amor brille en nosotros, y con corazones libres podamos decir: “**Heme aquí, Señor... ¡Envíame a mí!**”

UN GESTO SENCILLO, UN IMPACTO ETERNO



Luz H. Nerterenko
Coronela
Presidenta Territorial de los Ministerios Femeninos

La almohada del Corazón es un proyecto diseñado para ayudar a las pacientes con cáncer de mama. En realidad, es mucho más que eso. Es una historia de mujeres ayudando a mujeres y una historia de una red que cruza muchas fronteras, lugares, personas. Es como una historia dentro de otra historia.

Esta red comenzó cuando Janet Kramer Mai, una enfermera oncológica en el Centro Médico Erlanger en Chattanooga, Tennessee, USA, fue diagnosticada con cáncer de mama en 2002. Tres de sus tías de Indiana, le hicieron una almohada con forma de corazón para usar luego de su cirugía. La almohada cabe con comodidad debajo del brazo y alivia el dolor de la incisión quirúrgica, protege contra golpes por accidente y mitiga tensión en los hombros. Janet fue ayudada tanto por esta idea sencilla que empezó el proyecto

en su hospital con grupos voluntarios, confeccionando las almohadas para dárselas a las pacientes después de las cirugías. Y esto comenzó una historia completamente nueva y a través de una red, el proyecto se ha extendido a Grecia, España, Suecia, Noruega, Finlandia, Roma, Viena, Arabia Saudita, Kuwait, Líbano, Ámsterdam, San Francisco, Argentina y ahora lo hacemos en Chile, Perú, Bolivia y Ecuador. Entre el 2023 y 2024 para el 19 de octubre, repartimos 773 almohadas o sea visitamos a 773 mujeres afectadas con Cáncer de mama en Chile, en Bolivia 162, en Perú 177 y en Ecuador a 95.

Una de las razones de mortalidad de las mujeres más fuertes ha sido el cáncer de mama. Como hijas de Dios, podemos empatizar con otras mujeres trayendo no solo la almohada de corazón, que muestra delicadamente ese interés por la

recuperación de una mujer con cáncer, pero también nos da la gran oportunidad de llevar un corazón lleno del amor de Dios y del mensaje de esperanza y salvación a la paciente. Sin embargo, podemos también acercarnos a la familia, a las personas que están en la sala de espera sobre resultados, o esperando ser atendido, esperando a un familiar y así otras razones.

Octubre 2024: Paciente Ana "Hoy, mientras me encontraba en el hospital recibiendo tratamiento, viví una experiencia que cambio mi perspectiva en este difícil camino. Cuando un grupo de hermanas entró a mi habitación con una sonrisa y un hermoso almohadón en sus manos, sentí que no estaba sola en esta batalla. El almohadón no solo me brindó comodidad física, sino que simbolizó el amor y el apoyo que tanto necesito. Pero lo que

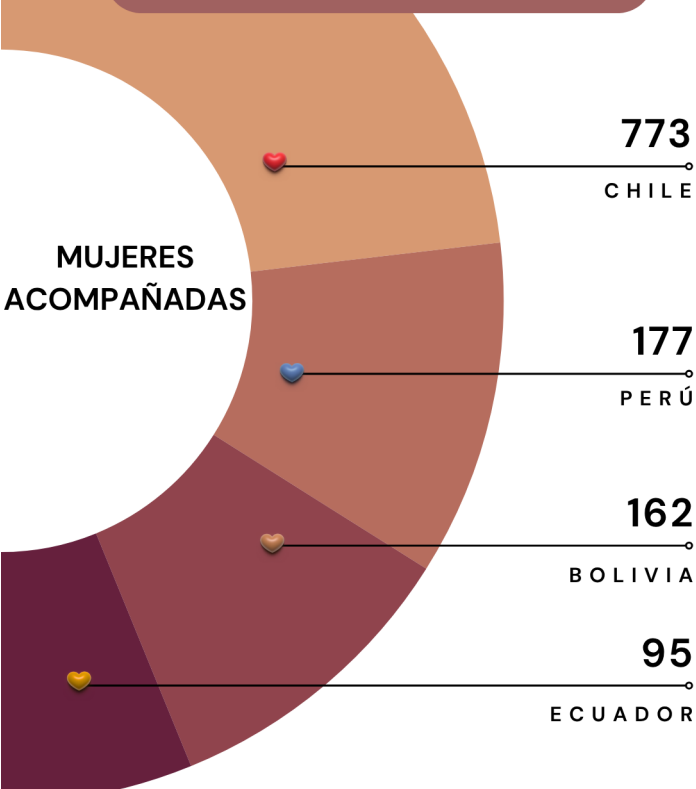
realmente tocó mi corazón fue cuando una de ellas se acercó y me ofreció palabras de aliento basadas en la fe. Con cada oración que compartieron, sentí una paz que no había sentido en mucho tiempo. Me recordaron que Dios está conmigo en cada paso de este proceso y que hay esperanza, incluso en los momentos más oscuros. Sus oraciones no solo me llenaron de esperanza, sino que me recordaron que mi lucha tiene un propósito. Me siento más fuerte y acompañada, y estoy convencida de que, con fe y el apoyo de personas tan generosas, puedo superar este desafío. Gracias a cada uno de ustedes por recordarme que hay luz en medio de la tormenta y que la comunidad puede ser una fuente de fortaleza. Estoy lista para seguir luchando y esperando una pronta sanación. (Lugar Caja Nacional de salud unidad de Oncología – Bolivia-Reporte general MF 2024)



Campaña Almohadas de Corazón

Impacto 2023-2024

"Cada almohada es más que tela y relleno: es un gesto de esperanza y un abrazo en medio de la lucha contra el cáncer de mama."



"Lucharé hasta el fin", "no me esperaba esta enfermedad", "He tenido altas y bajas en mi ánimo"; "he sufrido la pérdida del cabello" ...

Las luchas contra enfermedades, contra problemas, contra circunstancias difíciles son diarias. El ciego Bartimeo le gritaba a Jesús, "¡Jesús hijo de David, ten misericordia de mí" y Jesús le pregunta, ¿Qué quieres que haga? Y recibió la vista. Jesús le dijo: "Tu fe te ha salvado" (Evangelio Marcos 10:46-52) No todos ganan la batalla al Cáncer, pero muchos han vuelto a estar a cuentas o reconciliados con Jesús. Muchas mujeres han encontrado en la fe, la salvación de sus almas y la esperanza para seguir luchando. Muchas mujeres a través de la fe se han fortalecido.

¿Hoy cuál es tu lucha? Cristo Jesús, sana, salva, te invito a creer en fe.